

Lo que sea de cada quien

Adiós maestro Rius

Vicente Leñero

Como no habían abierto las taquillas para entrar en el Palacio de Minería, durante una feria del libro, me formé en la larga fila y me puse a leer *La Jornada*.

Entre los numerosos jóvenes que aguardaban sentí de pronto, a cuatro o cinco lugares a mis espaldas, que tres preparatorianos me miraban. Cuchicheaban entre sí. Tendían el índice.

Me reconocieron, pensé envanecido. Ya saben quién soy.

Los preparatorianos rompieron la fila y fueron hacia mí. Extendieron sus libretas.

—¿Nos puede echar un autógrafo? —dijo uno? Aquí, maestro Rius —y señaló la hoja rayada.

No pude contener un gesto de asombro aunque no era la primera vez que me confundían con el célebre cartonista. ¿Por qué será?, carajo.

Desde luego no rectifiqué su error y escribí frases cajoneras en las tres libretas, rematadas con la firma de Rius que me sabía de memoria.

Uno de los preparatorianos no quedó conforme:

—Con muñequito, maestro Rius, por favor —dijo.

Traté de imitar el perfil de un personaje de los *Supermachos* y le devolví las libretas con rapidez, para no delatarme.

—Gracias, maestro Rius.

Recuerdo otras escenas similares. Entrando a comer en un restaurante de Insurgentes, con Felipe Cazals, alguien me gritó: ¡Adiós maestro Rius! Saliendo de un Cinemex, lo mismo: ¡Adiós maestro Rius!

Conocí a Eduardo del Río (que así se llama el artista), en nuestros tiempos de *Excelsior* y *Proceso*. Alguna vez, con don Sergio Méndez Arceo y con Estela, comimos en su casa de Cuernavaca. Nuestras res-



Eduardo del Río, Rius

pectivas tareas en otros ámbitos —él publicando e ilustrando libro tras libro— restringieron nuestra amistad. Nos veíamos a partir de entonces de vez en cuando, aunque yo tenía urgencia por comentarle ese fenómeno de la confusión.

Tuve oportunidad de hacerlo en la Feria del Libro de Guadalajara, hará unos dos o tres años, cuando coincidimos en el tapanco instalado en el *stand* de Random House, que nos publicaba a ambos. Acudíamos a esa serie de entrevistas relámpago que suele organizar la editorial para promover sus novedades.

Nos saludamos de lejos, cada quien en su mesa respectiva, acosados durante un par de horas por los reporteros preguntones.

Cuando al fin concluimos la tarea tuvimos tiempo de conversar.

Aproveché la ocasión. Toqué de inmediato el punto:

—Me confunden contigo a cada rato, de veras.

Soltó su habitual risita ladeada, irónica como sus cartones y sus libros venenosos.

—No seas hablador, no te creo.

—Te lo juro, Rius.

—No te creo. Mentiras. No nos parecemos en nada. Tú eres más feo.

—Tú estás más arrugado.

—Ya quisieras. No presumas.

Terminamos bromeando, pero él parecía convencido de que le mentía.

Se levantó de la silla. Tenía prisa. Bajó las escaleras. Me entretuve unos instantes en levantar unos papeles y recoger mi bolso, y seguí el mismo camino de Rius.

Apenas llegué a la planta del *stand* de Random House, donde se exhibían los libros en venta, un hombre de corbata amarilla, acompañado por un chamaco doceañero, me mostró la cámara de su celular.

—Perdón maestro Rius, ¿me puedo tomar una foto con usted?

—Espéreme, espéreme —le dije con alegría. Y salí corriendo para alcanzar a Rius, para demostrarle en vivo, ahora sí, la verdad de mis historias de confusiones. En los pasillos repletos de gente que circulaba por la feria busqué inútilmente a Rius. Nada. No lo encontré. Maldiciendo regresé al *stand* y me dejé tomar varias fotos en compañía del gordo de la corbata amarilla y su chamaco. Por supuesto, como siempre, no los saqué de su error.

Un par de semanas antes de escribir este texto, vi fugazmente a Rius en el aeropuerto de la Ciudad de México. Estela y yo nos documentábamos en el mostrador de Mexicana, cuando él cruzó a quince pasos. Una mano se agitaba en alto saludándonos, al mismo tiempo que el canijo Rius me gritaba, sardónico:

—¡Adiós maestro Rius! **U**